



**HAL**  
open science

# Conmemorar la Guerra de la Independencia en Barcelona: ¿Tradición o modernidad política? (1814-1823)

Stéphane Michonneau

► **To cite this version:**

Stéphane Michonneau. Conmemorar la Guerra de la Independencia en Barcelona: ¿Tradición o modernidad política? (1814-1823). Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia., Marcial Pons, pp.333, 2011, 978-84-96467-64-1. hal-01674023

**HAL Id: hal-01674023**

**<https://hal.science/hal-01674023>**

Submitted on 29 Nov 2023

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

## Conmemorar la Guerra de la Independencia en Barcelona: ¿Tradición o modernidad política? (1814-1823)

Stéphane Michonneau  
Université de Lille

En un artículo de 1995, Antoni Moliner Prada repasaba los continuos esfuerzos de los barceloneses para liberar la ciudad de la larga ocupación francesa: nada menos que cinco intentos entre noviembre de 1808 y julio de 1811, todos fracasados<sup>1</sup>. El más importante de todos fue la noche de la Ascensión de mayo de 1809: aunque muchos estaban preparados para sublevarse, la señal de la insurrección no llegó nunca. Los insurrectos no pudieron apoderarse de las tres fortalezas militares que vigilaban la capital: las Atarazanas, Montjuic y la Ciudadela. La culpa se debió a la traición de oficiales italianos pagados por los patriotas. Tampoco las tropas de migueletes y somatenes de Coupigny que estaban fuera pudieron congregarse en la puerta de San Antonio. A medianoche, el complot había fracasado y la policía del afrancesado Casanova no tardó en detener a 18 patriotas de los que cinco fueron ejecutados el 3 de junio de 1809 en la Explanada de la Ciudadela. Para frenar unas ejecuciones imparables, tres «paisanos» escondidos en el campanario de la catedral tocaron el somatén a golpe de martillo en la Tomasa: alarmados, los franceses sitiaron la catedral más de 72 horas hasta detener a tres patriotas que fueron ejecutados el 27 de junio de 1809. Estos son los hechos bien conocidos del martirio de los ocho héroes barceloneses de los que vamos a relatar la memoria<sup>2</sup>.

Como se sabe, Cataluña ha aportado grandes mitos de la Guerra de la Independencia: Girona, el Bruch, Tarragona, entre otros. Barcelona no podía fallar<sup>3</sup>. Pero aunque el sentimiento de hostilidad de los barceloneses hacia los ocupantes es comparable al de los demás españoles, la situación de Barcelona era muy particular. La Ciudad Condal era una fortaleza imperial en España y su anexión en 1812 reducía aún más el margen de maniobra

---

<sup>1</sup> Antoni Moliner Prada, “La resistencia de Barcelona ante el ejército de ocupación durante la Guerra del Francés”, *Trienio*, 26, nov de 1995, pp. 67-97. Ver también: *La Catalunya resistent a la dominació francesa, 1808-1812*, Barcelona, Ed. 62, 1989 i *Catalunya contra Napoleó. La Guerra dels Francès 1808-1814*, Pagès Editors, Lleida, 2007.

<sup>2</sup> Estos eventos cuentan con escasa biografía: *Homenaje de Barcelona a sus héroes de la Independencia en el 3 de junio de 1809*, Barcelona, el Iman, 1927, 13 p.; *Panorama oficial del homenaje de Barcelona a sus heroes de la Independencia del 3 y 8 de junio de 1809*, Barcelona, Esmandia, 1928; *Memoria y precedentes del tercer homenaje póstumo a los mártires de la Independencia española inmolados en Barcelona, los días 3 y 27 de junio de 1809*, Barcelona, Comisión del Homenaje a los Mártires de la Independencia Española, 1930, 112 p.; Tomas Caballé Clos, *Barcelona no volgué ésser francesa*, Barcelona, Freixenet, 1848, 186p.; Antoni Closas, *Una conspiración barcelonina el 1809*, Barcelona, Dalmau, 1970, 59 p.; Rodolfo G. de Barthélemy, *Guerra al francès: los mártires de junio de 1809 en Barcelona*, Astorga: Akrón, 2008, 181 p.

<sup>3</sup> Ricardo García Carcel, *El sueño de la nación indomable*, Madrid, Temas de Hoy, 2007, pp. 205-219.

de sus patriotas. Barcelona se caracterizaba entonces por su aislamiento del resto de España desde el 9 de febrero de 1808 hasta el 28 de mayo de 1814, o sea después de que Fernando VII regresara a España (el 22 marzo) e incluso después de que Napoleón abdicara (el 8 de abril)<sup>4</sup>. Esta singularidad no tardó en alimentar la imagen de una Barcelona afrancesada durante los seis años de su ocupación. Josep M. Sabaté ha evocado el mito de la Cataluña afrancesada creado por unos clérigos convencidos de que la larga ocupación era proporcional al alto grado de perversión y de corrupción de la capital catalana<sup>5</sup>. De ahí que Barcelona sufriera un déficit de patriotismo a lo largo del siglo XIX, más imaginario que real, pero no por ello menos doloroso para los barceloneses. Prueba de ello es que ya en 1815 el reverendo Pujol proclamaba en una oración: «El patriotismo de Barcelona no fue, como han creído algunos incautos, efecto de un privado acaloramiento»<sup>6</sup>.

Estas consideraciones pueden explicar el empeño con el que, a lo largo del siglo, las élites de Barcelona intentaron elaborar un mito equivalente al Dos de Mayo madrileño. Abundan en los discursos los paralelismos entre los dos acontecimientos, como si Barcelona tuviera que medir su fiebre patriótica con la vara madrileña: «Así como el 2 de mayo de 1808 es y será memorable en los fastos de Madrid por la horrorosa carnicería que ejecutó allí la barbarie francesa, también el 3 de junio de 1809 lo será en los de Barcelona por las cinco víctimas inocentes en que esta se cebó»<sup>7</sup>. El esfuerzo por erigir a los ocho héroes del 9 de junio de 1809 en «mártires de la Patria» debe entenderse como una defensa propagandística que paradójicamente nunca pudo concretarse en forma de monumento hasta la fecha avanzada de 1941. En este artículo, deseamos estudiar el arranque del mito y las condiciones históricas que hicieron imposible su realización.

Muy pronto, o sea en 1808, aparece el tema de «Barcelona cautiva» tal y como lo sugiere el texto titulado *Demostración de la lealtad española*<sup>8</sup>. La interpretación que su autor hace de los hechos históricos establece un paralelismo entre la ciudad ocupada y Fernando VII cautivo en Francia. Aunque probablemente se trate de un evento del partido fernandino, el tema permite vincular la historia de Barcelona y la figura mitificada del rey. Hablando del mito del rey deseado, E. la Parra López explica que éste permite olvidar las condiciones problemáticas del acceso al trono de Fernando y no plantear la cuestión de su

---

<sup>4</sup>Maties Ramises, *Els catalans i el domini napoleònic*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1995, p. 372 sq.

<sup>5</sup> Josep María Sabaté i Bosch, «La imatge d'una Catalunya afrancesada a través de la publicística: realitats i remeis contra l'anomenat 'mal francès'», *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, 1998, II, 18, 565-576.

<sup>6</sup> Alberto Pujol, *Oración funebre que el día 18 de octubre de 185 y tercero de los suntuosos funerales...*, Barcelona, JI Jordi, 1816, nota 10 p.4

<sup>7</sup> Antoni Moliner Prada, «La resistencia de Barcelona...», *Op. Cit.*, p.82

<sup>8</sup> *Demostración de la lealtad española : colección de proclamas, bandos, ordenes, discursos, estados de ejército y relaciones de batallas publicadas por las juntas de gobierno ó por algunos particulares en las actuales circunstancias*, Madrid, impreta de Repullés, 1808-1809.

legitimidad, aunque sin juramento ante las Cortes<sup>9</sup>: en nuestro caso, diseñar el paralelismo entre el rey y Barcelona sirve para olvidar la falta de reacción de los barceloneses en mayo de 1808. Pero el paralelismo de los dos cautiverios va más allá: al igual que Fernando en Bayona, Barcelona fue víctima de la duplicidad francesa. Se sabe que la ciudad que había dado la bienvenida a las tropas francesas perdió el control de Montjuic y de la Ciudadela, episodio en que surge por primera vez en la historia el capitán Álvarez de Castro, que se niega a entregar Montjuic a las tropas imperiales. De ese modo, el complot y la traición se convierten en las grandes causas invocadas a la hora de explicar la facilidad con la que los franceses se apoderaron de la ciudad. Por lo tanto, podemos considerar que el mito del resistencialismo barcelonés está consolidado desde el principio de la guerra. Por *resistencialismo*, entendemos la idea de que *todos* los barceloneses resistieron a los franceses y de que los colaboracionistas fueron una excepción.

Inmediatamente después de los hechos de 1809, varias fueron las reacciones de indignación en toda Cataluña. Existen pruebas del importante eco que los eventos tuvieron en Cardona el 15 de julio, en Reus el 18, en Berga el 2 de agosto y sobre todo en Tarragona el mismo día<sup>10</sup>. Allí, Fray Manuel de los Dolores presidió los funerales por los ocho héroes en presencia de «todas las autoridades de Cataluña residentes en la Ciudad de Tarragona»<sup>11</sup>. Pocos días más tarde, los dos verdugos de Barcelona fueron detenidos y ejecutados solemnemente en ésta. Mientras tanto en Barcelona, la fuerza de la represión impidió obviamente que se expresaran tales demostraciones de luto, salvo un texto anónimo publicado en 1809<sup>12</sup>. De hecho, fue preciso esperar a 1814 para que se publicaran en Barcelona los primeros relatos del martirio de los ocho detenidos: Raymundo Ferrer, vicario de San Justo y Pastor durante la guerra y presbítero del oratorio San Felipe Neri en la posguerra, publicó entonces dos textos fundamentales: la *Relación de lo ocurrido en la*

---

<sup>9</sup> Emilio la Parra López, «El mito del rey deseado», en Christian Demange (*et alii*), *Sombras de Mayo, mitos y memorias de la guerra de la independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007, pp. 221-236.

<sup>10</sup> Por ejemplo: Vicente Giralt, *Los Macabeos invencibles en la ciudad de Barcelona tiranizada y oprimida por el gobierno frances : oracion funebre que en las ... exêquias que en memoria de los que fuéron injustamente ajusticiados por los franceses el tres de junio ... celebraron los barceloneses refugiados en ... Berga los dias 2 y 3, del mes de agosto de 1809*, Tarragona, Impr. de la Gazeta, 1809, 19 p. Ver también: Fray Manuel de los Dolores, *Oración fúnebre que en las solemnes exequias que en memoria de los que fueron injustamente ajusticiados por los franceses el tres de junio próximo pasado, celebraron los barceloneses refugiados en la... Villa de Berga*.

<sup>11</sup> Raymundo Ferrer, *Dia grande de Barcelona el 3 de junio de 1809. Oración funebre que en memoria de la gloriosa muerte que sufrieron en dicha ciudad baxo la tirania del intruso gobierno, ocho fieles y valientes Patriotas*, Barcelona, Impta J I Jordi, 1815.

<sup>12</sup> *Breve resumen de la gloriosa muerte que por la religión Fernando VII y la Patria sufrieron en Barcelona baxo el intruso gobierno en los dias 3 y 27 de junio de 1809, los ocho valientes patricios dr. D. Joaquin Pou Cura, parróco de la Ciudadela, don Jual Gallifa Teatino, D. José Navarro, subteniente del Regimiento de Soria, D. Juan Massana, oficial de la Consolidación de vales reales, D. Salvador Aulet, corredor real de cambios, D. Ramon Mas, carpintero de Ribera, D. Julián Portet Espartero y D. Pedro Lastortras, cerrajero*, Barcelona, Impta Juan Ignacio Jordi, 1809.

*gloriosa muerte que el día 3 de junio de 1809 sufrieron en Barcelona baxo la tiranía francesa los cinco héroes*<sup>13</sup> y según parece, poco más tarde, *La idea de la fidelidad de Barcelona durante su cautiverio a su amado Rey el Sr D Fernando VII*<sup>14</sup>. En una oración posterior, Ferrer explica la génesis de los textos: dice haber apuntado notas «en los días inmediatos a tan dolorosa catástrofe». Los apuntes fueron revisados también por Francisco Collell, el otro sacerdote que ayudó a los detenidos en los últimos momentos de su cautiverio. Significa que Raymundo Ferrer fue testigo y primer relator de los eventos y por eso expresa el punto de vista del testigo animado por un deber de memoria: «aunque mi espíritu se horroriza al recordarlo» escribe, «he de hacer memoria de lo que vi, presencié, y en que tuve gran parte». Insistimos en el papel capital de estos testigos-escribanos que son los primeros «empresariales de la memoria». Su tarea consiste en reducir la necesaria heterogeneidad de las memorias comunes, de personas, de familia, a un relato relativamente homogéneo y coherente que sirva de base a todos los relatos posteriores. No es sorprendente que sea Ferrer quien publique finalmente en 1815 *Barcelona cautiva*, un extenso relato de siete volúmenes que se convirtió luego en la matriz literaria de todo el martirologio barcelonés a lo largo del siglo XIX<sup>15</sup>. Probablemente redactado en la segunda mitad de 1814, el relato se publica por episodios en la prensa barcelonesa a partir de diciembre de 1814. No sólo es un diario de todo lo que ocurrió en Barcelona entre 1808 y 1814, sino que también, según el autor, pretende ser «un compendio de la historia de Cataluña» en aquel período<sup>16</sup>.

Una vez establecido el relato canónico del resistencialismo, entre septiembre de 1814 y octubre de 1815 se constata una creciente movilización social en torno a la causa de los ocho mártires. La publicación de *Barcelona cautiva* tiene importantes repercusiones en la sociedad barcelonesa: artículos de prensa, comentarios indignados del estado de olvido de los héroes, etc.<sup>17</sup>. A partir de la Ascensión de 1815, el libro de Ferrer sirve de motivo literario a todas las oraciones que se pronuncian todos los días festivos en honor a los mártires. Hasta tal punto que una de ellas remite a *Barcelona cautiva* sin más: «Me es permitido omitir este tierno paso (...), más teniendo vosotros, como lo tenéis, en la *Relación* impresa todo lo ocurrido en la gloriosa muerte de nuestros Héroes. Leedla, leedla, si queréis instruirnos a fondo de lo que entonces paso»<sup>18</sup>. La clericalización del relato original es

---

<sup>13</sup> Raymundo Ferrer, *Relacion de lo ocurrido en la gloriosa muerte que el dia tres de junio del año 1809 sufrieron en Barcelona baxo la tirania francesa los cinco heroes ... Joaquin Pou ... Juan Gallifa ... José Navarro ... Juan Massana ... Salvador Aulét...*, Barcelona, imprenta Antonio Brusi, 1814.

<sup>14</sup> No hemos encontrado este texto mencionado en el *Diario de Barcelona* en abril de 1815.

<sup>15</sup> Raymundo Ferrer, *Barcelona cautiva, ó sea, Diario de lo ocurrido en la misma ciudad mientras la oprimieron los franceses, con una idea mensual del estado religioso-politico-militar de Barcelona y de Cataluña*, Barcelona, Brusi, 1817.

<sup>16</sup> *El Mercurio Gaditano*, 29 de dic. 1814.

<sup>17</sup> Por ejemplo, *El Mercurio Gaditano*, 5 sept. de 1814 y 28 de octubre 1814.

<sup>18</sup> Raymundo Ferrer, *Dia grande...*, *Op. Cit.*, p.17 nota 45. Cf. p.11 nota 25: «Varios de estos tristes lances ocurrieron durante la opresión de Barcelona, los cuales se leerán circunstanciados en el *Diario de Barcelona cautiva*, del que se han publicado ya varios Quadernos». Ver también p.29 : «Véase la citada *Relación* sobre este melancólico paso».

evidente: por una parte, confirma el papel destacado del clero en la promoción de los cultos patrióticos. Por otra parte, ilustra la permeabilidad de los géneros literarios de entonces.

La mayor consecuencia del debate, a partir de entonces público, es la cuestión del entierro de los restos de los ejecutados. Efectivamente, Raymundo Ferrer había notado con exactitud la ubicación de los cadáveres «no habiendo podido conseguir del gobierno intruso que se enterrasen en los sepulcros de esta ciudad, o alomenos en el Cementerio comun del Climent o Lazareto»<sup>19</sup>. En diciembre de 1814, los restos son descubiertos por los peones que habían abierto la fosa y depositados en unas urnas en la ex iglesia de la Ciudadela. La opinión común es que, considerando las condiciones del primer entierro, de noche, a escondidas, y en ausencia de sepulturas decentes, hay que reparar las cosas y organizar unos funerales decentes: en otras palabras, se necesita un rito de separación que permita el trabajo social del duelo. A tal efecto, se forma una junta de homenaje el 28 de febrero de 1815 presidida por el Decano del Ayuntamiento, el marqués de Villel<sup>20</sup>.

En este período de transición del recuerdo de unos testigos a la organización de una memoria colectiva, quedan dos problemas por resolver: primero, se plantea el problema de la determinación de los mártires dignos de conmemoraciones. En primavera del año 1815, el mito resistencialista está vigente, pero todavía no se ha determinado por completo las figuras que lo encarnan. Ya en junio queda claro que, mientras que se cuentan los ocho héroes, quedan excluidas las víctimas de los demás intentos de insurrección como, por ejemplo Miquel Alsina, ejecutado en 1811. Hubo intentos de ampliar el culto de los héroes de 1809 a todos los que «durante nuestra constante gloriosa lucha, perecieron en el campo de honor, o por decretos del gobierno intruso, o por los tristes efectos de la indignancia, trastornos o disgustos que sufrieron»<sup>21</sup>. Por eso el Ayuntamiento intenta establecer las listas de todas las víctimas de la ocupación francesa, pero es en vano<sup>22</sup>. A partir del 3 de junio de 1815, sexto aniversario de la catástrofe, únicamente los ocho mártires alcanzan el reconocimiento social, funcionando como metonimias de todos los patriotas. Se puede considerar que el intento de disolución del culto de los ocho héroes responde a la tensión planteada generalmente por el problema de los resistentes: la resistencia es un gesto aislado que es prueba, al contrario, de la pasividad de la mayoría. Existe entonces una contradicción en la necesidad de rendirles homenaje olvidándose del carácter excepcional de sus actos. De ahí el intento de diluir los resistentes en el conjunto de una ciudadanía supuestamente unida en sus sentimientos de rechazo al invasor.

El segundo problema es el planteado por la organización de la movilización ciudadana en torno al proyecto. En este concepto, un momento clave es también el sexto aniversario del martirio, el 3 de junio de 1815. La misa celebrada en la ex iglesia de la Ciudadela reúne a los familiares y a los principales testigos del martirio aún en vida. La actividad del clero es máxima: una serie excepcional de oraciones entre mayo y octubre de 1815 da lugar a publicaciones en forma de folletos, sistemáticos y rápidos (apenas unas semanas), y

---

<sup>19</sup> Raymundo Ferrer, *Día grande...*, *Op. Cit.*, p.21.

<sup>20</sup> Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona (AHBC), Actes de la Comissió Municipal Permanente (CMP), 28 de febrero de 1815 .

<sup>21</sup> *El Periódico Mercantil*, 27 de mayo de 1815.

<sup>22</sup> AHBC, CMP, 16 de junio de 1815.

vendidas en librerías por 2 reales<sup>23</sup>. Los fondos son recaudados para costear «un solemne aniversario» fijado a mediados del mes de octubre. Estas técnicas de recaudación son bastante modernas y se apoyan en la movilización de la opinión pública.

El teatro es otra forma original de suscripción: se ven muchas actuaciones patrióticas en los teatros de la capital. Por ejemplo, el 14 de setiembre, se representa una comedia en cinco actos titulada *Un día de gloria para Barcelona o sean las víctimas del patriotismo*; el 7 de noviembre, otra titulada *Siempre el valor español triunfó de sus opresores*<sup>24</sup>. Bien conocidas son las características de aquel teatro patriótico cuya versión barcelonesa no cambia las conclusiones: es un teatro en castellano (cuando el público es de habla catalana), un teatro de agitación, de circunstancias, relativamente primario en su discurso, pero muy eficaz. Se nota el carácter moderno que tiene: estructura en actos, héroes laicos, valores de combate y no de resignación, falta de moralidad religiosa, etc. Un buen ejemplo sería *El heroísmo en su colmo*, drama en cinco actos sin autor conocido, gran éxito en los teatros de Barcelona según consta en la prensa. El argumento se centra en las figuras del artesano Masana y del capitán Prohana, el militar italiano al servicio de Napoleón que tenía que abrir las puertas de las Atarazanas en nombre de su patriotismo. Pero Prohana se enamora de Inés, la novia de Massana. Ante el rechazo de Inés por razones patrióticas y de pudor, Prohana toma revancha denunciando a Massana a las autoridades francesas. Aquí no se habla de Dios o de religión, sino únicamente de sacrificio por la Patria, en un tono casi laico.

La última técnica de movilización es el uso de las imágenes. Como se sabe, la posguerra es el momento de mayor éxito de los grabados en España<sup>25</sup>. Las ilustraciones de coste barato acompañan los folletos de oraciones. A lo largo del año 1815, existen en las librerías de Barcelona (pero también de Madrid, Valencia y Zaragoza) sistemas de suscripciones a estampas entregadas a los compradores. La serie más famosa es una de seis estampas grabadas por Buenaventura Planella cuya actitud durante la ocupación francesa fue bastante ambigua. La serie representa escenas realistas y detallistas donde el juego de las luces es importante, dando a los episodios un tono romántico muy temprano<sup>26</sup>. Entre estas escenas seleccionadas por la comisión de recaudación de fondos del homenaje a los ocho héroes, se prefieren los hechos de armas, las anécdotas con sentimiento y compasión a los grandes panoramas militares. De todas las iniciativas propagandísticas desarrolladas a lo largo del año 1815, estas imágenes son las que más impactaron en la cultura popular barcelonesa del siglo XIX. La prueba es que son los únicos elementos de las conmemoraciones decimonónicas presentes en el monumento inaugurado en 1941 delante del claustro de la catedral de Barcelona. En definitiva, prensa, oraciones, ediciones, teatro y estampas diseñan un amplio y eficaz abanico de herramientas para movilizar en profundidad a la población

---

<sup>23</sup> Por ejemplo, la oración de Manuel Casamada del 27 de junio está impresa el 21 de julio y la de Raymundo Ferrer del 4 de junio, el 24 de julio.

<sup>24</sup> *Diario de Barcelona*, 14 de setiembre de 1815 y 7 de noviembre de 1816, sección «Teatro».

<sup>25</sup> Ana Riera, Francesc Fontbona, *Historia de la cultura catalana, Romanticisme i renaixença : 1800-1860*, Barcelona, Edicions 62, 1994-1998, t.IV, p.143

<sup>26</sup> Francesc Fontbona, *Historia de l'art català, Del neoclassicisme a la restauració: 1808-1888*, Barcelona, Edicions 62, 1988-1989, t.6, p.30-32.

barcelonesa. Se crea un entramado de técnicas de movilización cuyo carácter moderno es muy destacable.

Las ceremonias de octubre de 1815 representan la cúspide de este esfuerzo. El peso de la Iglesia en la interpretación dada de los hechos introduce un verdadero intento de restauración cultural y religiosa. A diferencia de otras manifestaciones que ofrecieron a los militares un lugar preferente (el homenaje a Álvarez de Castro sería buen ejemplo de ello), estas ceremonias refuerzan el monopolio del clero y la Iglesia sobre la memoria de 1809. Antoni Moliner ha mostrado que la Iglesia catalana prestó un apoyo total a la causa de la insurrección y que innumerables fiestas patriótico-religiosas se mezclaron en la época de la guerra para encender el fuego de la rebelión. En Barcelona, el número de eclesiásticos afrancesados, 4 o 5 regulares y 3 presbíteros, fue muy bajo según Mercader Riba<sup>27</sup>. Bajo amenaza de deportación, unos cuantos prestaron juramento a José I. Alma de la resistencia contra los franceses, la Iglesia buscaba conservar su poder en la posguerra manteniendo celosamente el monopolio de la memoria. A tal efecto sirven los seis días de festividades entre el 15 y el 21 de octubre de 1815. El primer día empieza la ceremonia con una curiosa escena de quema de instrumentos de tortura de los héroes (los patíbulos). Luego, una procesión sale de la catedral hacia la Explanada, lugar del martirio donde se celebra una misa. La misma procesión vuelve a la catedral con los restos exhumados. Al día siguiente, las urnas que contienen las reliquias sagradas están depositadas en un túmulo en el coro de la catedral. Da lugar a cuatro días de misas. El indulto que formula el papa en esta ocasión no basta para explicar la numerosa presencia de los barceloneses: otra razón es que la procesión sigue en pocos días la del Corpus, el 3 de junio, o sea la festividad más popular del año en aquella época. También el itinerario de la procesión está copiado del itinerario del Corpus. Estas coincidencias hacen posible la asimilación por parte de la población de los homenajes a los más altos actos ceremoniales en la Ciudad Condal. Como era de esperar, el tono de las oraciones es francamente clerical: antes de ser mártires a la patria, los ocho patriotas son mártires de la religión. De ahí las innumerables comparaciones con el sacrificio de los macabeos o de los hebreos. La razón última del sacrificio la tiene respectivamente Dios, luego el rey y finalmente la patria. El orden importa. Los rituales insisten en la preeminencia de la Iglesia: en la cúspide del túmulo figura una columna y una estatua de la Religión triunfante<sup>28</sup>. Entre los héroes sacrificados, la escenografía pone especial énfasis en los padres Gallifa y Pou cuyos restos se ubican en un lugar preferente.

No obstante, las ceremonias no dejan de ser problemáticas por dos razones principales. La primera es que los discursos atribuyen a Barcelona la preeminencia en la lucha contra los franceses, a pesar de una realidad histórica muy distinta. La afirmación de la primacía de Barcelona sobre todos los acontecimientos bélicos catalanes e incluso nacionales pretende ocultar la articulación problemática entre los eventos barceloneses y las guerras napoleónicas en Cataluña y más generalmente en España.

---

<sup>27</sup> Mercader Riba, *Barcelona durante la ocupación francesa : (1808-1814)*, Madrid, CSIC. Instituto Jerónimo Zurita. Sección de Barcelona, 1949, p. 382-386.

<sup>28</sup> *Suntuoso túmulo que á las ocho víctimas del heroísmo, sacrificadas en Barcelona por el gobierno intruso en los dias 3 y 27 de junio de 1809 ... en la Santa Iglesia Catedral para las solemnes exequias que se celebraron los dias 16,17,18, 19 y 20 de octubre de 1815*, C<sup>a</sup>. St. ; Pablo Rigal inv.t et delt., 1830.

En efecto, el objetivo del clero barcelonés es promover un homenaje de síntesis que pueda agregar a todos los combatientes catalanes. El Bruc, celebrado como la primera victoria española sobre los franceses, sería la prueba del liderazgo de Cataluña. Gerona sería señal del carácter patriótico de los catalanes<sup>29</sup>. Lo de Barcelona demostraría finalmente que la capital fue «baluarte de España»<sup>30</sup>. Todas las resistencias en Cataluña (Tarragona, Lérida, Solsona, Tortosa, Arbós, Manresa, Sant Boi, entre tantas) están en la sombra de las heroicidades de la capital. Como ya señaló Antoni Simón Tarrés para la época moderna, el patriotismo barcelonés suele coincidir con el patriotismo catalán<sup>31</sup>.

En cuanto a las relaciones entre los eventos barceloneses y el resto de España, se afirma un carácter equivalente entre el 2 de mayo y el 9 de junio. Madrileños y barceloneses son presentados como dos pueblos entusiasmados por el patriotismo con igual fervor. Los discursos reconocen en el amor a la Patria el primer factor bélico: «Somos Catalanes, Este nombre nos electriza, nos enardece, nos inflama» dice Avellà<sup>32</sup>. Este patriotismo sirve de base a un nacionalismo español ferviente. Finalmente, la distinción entre patria (Barcelona y/o Cataluña) y nación (España) se pone al servicio de un discurso provincialista que hace de las peculiaridades catalanas el motor de la resistencia al invasor en pro de la defensa de la nación. En boca de los oradores, no faltan precedentes históricos de patriotismo catalán. No existe ninguna contradicción entre patria y nación, sino más bien una complementariedad entre dos términos estrictamente jerarquizados. Se entiende entonces que el provincialismo marca profundamente la visión que se tiene en Cataluña de la Guerra de la Independencia a lo largo del siglo XIX y no era de esperar tan precozmente.

El segundo problema planteado por las ceremonias de 1815 son las formas del homenaje. Existe una contradicción entre el modernismo de las conmemoraciones que hemos evocado y el carácter tradicional de los rituales religiosos efectuados. Primero, los homenajes rendidos en 1815 no comparten con las ceremonias a los monarcas del siglo XVIII ni incluso con la ceremonia a Álvarez de Castro organizada en Barcelona en octubre de 1814 el carácter singular que solían tener los homenajes entonces. Hay que tener en cuenta que en España los primeros homenajes colectivos son mucho más tardíos, o sea a finales de siglo XIX. En otras palabras, era difícilmente concebible en la España de principios de siglo XIX un homenaje a un colectivo casi anónimo como el de los héroes barceloneses.

---

<sup>29</sup> Pedro Josef Avellà, *Elogio funebre que en las somnnes exequias que la ciudad de Barcelona celebros por sus dignos hijos, dixo en la Iglesia Catedral el dia 16 de octubre de 1815*, II Jordi, 1815, p.37: « Si otras ciudades se cubrieron de gloria resistiendo por largo tiempo a fuerza de multiplicados prodigios de valor, la dominación de un tirano, los cadáveres de mis hijos atestiguan mis extraordinarias, mis increíbles esfuerzos para romper las cadenas que me oprimían ».

<sup>30</sup> *Diario de Barcelona*, 25 de enero de 1816, “*España triunfante, sus luchas, sus victorias contra el tirano de Europa*”.

<sup>31</sup> Antoni Simón Tarrés, “La identitat de Barcelona i dels barcelonins a l’època moderna” *Manuscrits* 19 (2001), p. 137-153.

<sup>32</sup> Pedro Josef Avellà, *Op. Cit.*, p. 8.

En segundo lugar, el homenaje moderno es algo inadmisibles para la Iglesia, sobre todo si es que implica a clérigos. Los sacerdotes oradores condenan con fuerza los monumentos paganos que hicieron los romanos y los griegos a sus héroes y pretenden que el sacrificio de los «mártires de la religión» no pueden confundirse con el de los «mártires a la patria»: «Afánese quanto quiera la soberbia Roma en preparar laureles, erigir piramides, levantar estatuas, que transmitan a la posteridad las hazañas de sus decantados héroes » comenta por ejemplo Bruno Bret. El reverendo Prats pregunta por el tipo de homenaje que habría que rendir:

«¿Acaso grabar sus nombres y hazañas con caracteres de oro en los anales del Principado? Pero, ¿por ventura no hacen y hacían lo mismo los romanos, los griegos, las gentes mas relajadas y los republicanos? ¿Acaso eternizar su memoria con pirámides, con mausoleos, con epitafios, con monumentos o animarnos a todos a imitarlos en sus hazañas? ¿Acaso honorarlos con exequias magníficas, túmulos suntuosos, oraciones funebres, sonidos de campana, estruendo instrumentos militares? Pero ¿por ventura no hacen y hacían lo mismo los gentiles, los idolatras, y los filósofos de nuestros dias?».

Concluye entonces: «Serían honores débiles, honores caducos, honores transitorios. El tiempo les devora»<sup>33</sup>. Para el reverente Pujol, «Obsequiarlos, es digno de un espanol; y tributarles su culto, es criminal a un cristiano». Estas citas son prueba de que el clero está preocupado por formas de culto que se les podían escapar, aún más cuando parece existir un culto popular ferviente en torno a los restos mortales. Por ejemplo, fue para evitar que se rindiera un homenaje cualquiera que los franceses enterraron a los héroes de noche y ocultaron el lugar exacto del entierro. Avellà proclama a sus oyentes: «los mirasteis como un tesoro precioso, resolvisteis conservarlo a toda costa». Ferrer comenta también que el pueblo iba a tocar los instrumentos de tortura de los sacrificados y que algunos depositaron objetos en el lugar del entierro.

Finalmente, tanto las pretensiones exageradas como el recelo hacia los héroes expresado por el clero pueden explicar la escasa perennidad que tuvieron esos cultos. Las ceremonias llevaron a evocar la posibilidad de erigir un mausoleo según un modelo tradicional de las conmemoraciones desde 1814. Francesc Fontbona nota el gran número de mausoleos que se edificaron entonces en España y en Cataluña en particular en aquella época: sepulcro del padre del Gral. Castaños en Valls, mausoleos temporales a Álvarez de Castro en Gerona o al mismo en Santa María del Mar. Por ello se organizaron loterías y «danzas nacionales» en 1816, pero el proyecto desapareció de los archivos municipales y de la prensa a partir de 1817. Finalmente, sus restos mortales fueron depositados en cajas de madera en el archivo de la Catedral hasta 1909.

El Trienio liberal no parece que se interesara en conmemorar los hechos de 1809. En cambio, hubo un proyecto importante de monumento a Lacy en marzo de 1821, el proyecto más importante del período con los homenajes al Dos de Mayo declarado fiesta nacional.

---

<sup>33</sup> D. José Prats, *Oración funebre que en la parentación que se hizo en la Santa Iglesia Catedral de Barcelona por los Héroes de esta provincia el día 19 de octubre del año 1815*, JI Jordi, 1815, p17.

Debe observarse que con estas últimas conmemoraciones entramos ya en modos de homenaje modernos con estatuas erigidas en espacios públicos de la ciudad (la plaza del Palacio), subscripciones publicadas por la prensa y ceremonias secularizadas sin presencia del clero<sup>34</sup>. De manera general, Pierre Geal ha insistido en el aparente desinterés de los liberales hacia los héroes de la Guerra de la Independencia. Según Jordi Roca, el Trienio tiene especial interés por el culto a Padilla, a Lacy y a Pau Claris<sup>35</sup>. Son especialmente relevantes las efemérides del 19 de marzo (proclamación de la Constitución), el 24 de setiembre (aniversario de la reunión de la Cortes de Cádiz). Durante la invasión francesa y el sitio de Barcelona entre el 10 de julio de 1823 y el 4 de noviembre, los liberales intentaron en vano reactivar la memoria de la resistencia patriótica de 1809. En realidad, la memoria del sitio de 1714 parece haber sido más importante que la de 1809. Obviamente, el tono francamente clerical dado a los homenajes de los mártires de la patria no facilitaba su recuperación por los liberales. Es natural entonces que esta memoria desaparezca del todo en la primera mitad de siglo, para reaparecer mucho más tarde bajo una forma radicalmente diferente en los años 1860-1880.

Más allá del análisis del culto a los héroes de 1809 a principios de siglo, evocaremos rápidamente su futuro a lo largo del siglo XIX<sup>36</sup>. En los años 1860, su renacimiento surge bajo auspicios muy diferentes y el contenido atribuido a los héroes cambia radicalmente. En el momento en que fallecen los últimos testigos de los eventos de 1809, sus desapariciones despiertan un interés renovado por la Guerra. Se toman varias iniciativas con motivo de los entierros: en 1864, por ejemplo, la muerte del general Mansó da lugar a que se conserven sus restos en la Abadía de Montserrat. Paralelamente, con la Renaixença se multiplican obras de carácter histórico-literario que desarrollan el tema de los héroes de 1809 como la primera guía descriptiva de Barcelona publicada por Pi y Arimón en 1850, *Barcelona antigua y moderna*, o la *Historia de la guerra de Independencia en el antiguo principado* escrito por Adolf Blanch en 1861<sup>37</sup>. Cabe observar que, a diferencia de los sitios de Gerona, los hechos de Barcelona quedan en la sombra: el Conde de Toreno en 1835 les dedica 15 líneas y Víctor Balaguer, en las *Calles de Barcelona* en 1866, no les dedica ni una sola calle del Ensanche, aunque muchas calles recibieron el nombre relacionado con otros acontecimientos de la Guerra (Bruch, Tarragona, Gerona, Manso, Lacy, Álvarez). A partir de 1877, el Ayuntamiento de Barcelona intenta reactivar la memoria de los mártires de la Patria, pero incluyéndolos en un Panteón de Catalanes Ilustres que habría incluido a artistas y literatos de la Renaixença como Aribau o Fortuny. Un acuerdo municipal de 1881 preveía que se hiciera el traslado de los restos de la Catedral hacia la ex Iglesia de la Ciudadela. La ubicación responde claramente a una lectura provincialista de la historia de Barcelona que hacía de la

---

<sup>34</sup>Yoshiko Yamamichi, "Fiestas y celebraciones cívico-religiosas en la Barcelona Constitucional (1820-1823)", *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 15 (2002), pp. pp. 123-156.

<sup>35</sup>Queda inédito todavía su trabajo de investigación dirigido por los profesores Antoni Moliner e Irene Castells, *La Barcelona revolucionària : cultura constitucional i sociabilitat política del trienni constitucional (1820-1823)*, Universitat Autònoma de Barcelona.

<sup>36</sup>Stéphane Michonneau, *Barcelona, memòria i identitat*, Vic, Eumo Ed., 2002.

<sup>37</sup>Magí Sunyer, *Els mites nacionals catalans*, Vic, Eumo Ed., 2006, p. 284-294.

Ciudadela convertida en Parque un lugar de oprobio, un sitio donde las libertades catalanas y, por consiguiente, españolas habían perecido por culpa del centralismo borbónico en 1714.

Finalmente, después de que el proyecto de Panteón fracasara, el culto a los mártires reapareció en 1909 en la época del centenario, como contrapeso a las ceremonias organizadas por los catalanistas en honor del 700 aniversario de la conquista de Mallorca por Jaume I. Esta vez, la iniciativa surge de círculos ultraconservadores que promueven una lectura españolista y militarista de la Guerra de la Independencia. El esfuerzo desemboca en 1911 en la inauguración de una capilla dedicada a los mártires dentro del claustro de la Catedral. Aprovechando este primer elemento, la dictadura de Primo de Rivera desarrolla el culto a los Mártires, uno de los grandes pilares de su política de memoria con el Día de la Raza. Se lanza un proyecto de monumento en 1927, que nunca se erigió, sino que lo hizo la República en 1936, a pocos días de que estallara la Guerra Civil. El decorado de la estatua creada por Josep Llimona reproduce expresamente las imágenes de Planella. El monumento fue finalmente inaugurado por segunda vez por las autoridades franquistas en 1941, pero fue relativamente poco aprovechado por estas.

En conclusión, se puede afirmar que un solo monumento sirvió para tres lecturas distintas de la historia: una lectura legitimista a principio del siglo XIX, una lectura provincialista a mediados del siglo y una lectura españolista a finales del siglo XIX y principios del XX. La única continuidad que existe entre las tres reencarnaciones de los mártires de 1809 es el mito resistencialista.

Sorprende que el empeño de Barcelona para dotarse de conmemoraciones tan reconocidas como las de Zaragoza, Gerona o Madrid desemboque en un culto de poca resonancia. Los mártires de 1809 no lograron federar la memoria catalana de la Guerra todavía muy marcada por su carácter local. La razón principal de ello fue el carácter clerical del primer culto a los héroes que impidió que pudiera proyectarse un monumento sobre el espacio público secularizado que se creaba entonces. Los restos depositados en el claustro nunca dieron lugar a ninguna conmemoración moderna y cuando, por fin, fue posible en 1909, se hizo a pocos metros del claustro. En aquella época, intentó erigirse el monumento en medio de un espacio simbólico barcelonés totalmente catalanizado desde los primeros pasos del siglo XX, o sea demasiado tarde para que pudiera tener éxito.

Finalmente, la molestia que representó el culto a los mártires de 1809 para el clero puede haber sido una de las claves de su futuro. La intensificación de medios de movilización modernos como peticiones, suscripciones, cortejos cívicos se desarrolló en el marco de un ritual que la Iglesia controlaba y canalizaba. La emergencia de culturas políticas modernas por la vía de la tradición fue vetada por una institución eclesiástica celosa del monopolio que ejercía sobre el repertorio de gestos políticos autorizados. Al fin y al cabo, la muerte anunciada del culto de los héroes de 1809 ilustra el difícil nacimiento de una religión política lo suficientemente autónoma para afirmarse ante los rituales católicos. También significa que el modernismo político puede aparecer donde uno no se lo espera, o sea por el canal del uso intensificado de rituales tradicionales por unas masas conmovidas que,

aunque tradicionales en su ideología, inventaron nuevos métodos de hacer política en el siglo XIX.